

## MENSAJE DE NAVIDAD

(Diciembre 1992)

Llega la Navidad y, para quienes tenemos ya algunos años, llega con ella la nostalgia. Sí, la Navidad es fiesta de nostalgia para todos, y si hablo de personas adultas es porque entre nosotros la nueva generación no ha conocido, sino de modo muy limitado, el clima particular que rodea esta celebración cristiana. En realidad, los únicos que no sienten nostalgia en Navidad son los niños. Ellos se sumergen en el misterio de la Navidad con sentimientos germinales.

¿Han contemplado ustedes alguna vez la escena del Nacimiento de Jesús teniendo a un niño asido de la mano? ¿Se han detenido alguna vez con un niño delante de un árbol de Navidad con sus luces parpadeantes? Allí, todo se vuelve posible: que la mula y el buey, con su aliento, den calor al Niño en una noche tan fría y que el pastorcito que llega de lejos tocando la flauta, ¡a esas horas de la noche!, sea también un niño, que el Niño que está en el pesebre nos mire y sonría, que la estrella que remata el árbol de Navidad sea exactamente la misma que indicó a los Magos el camino de Belén, que se le puedan escribir cartas a un Rey, no para hablarle de esa cosa que pone tan serias a las personas mayores y que se llama política, sino para pedirle juguetes. Esta es la Navidad, que sembró para siempre la nostalgia en nuestras almas.

Y ¡qué dicha que haya sido así!, porque esa nostalgia es más que recuerdos placenteros de horas felices. Es añoranza de algo que puede estar perdido u oculto en un rincón del propio ser: tal vez aquella transparencia que me permitía ver más allá de lo concreto o la dulce certeza de que el bien, la sencillez y la belleza pueden darse la mano, sin dudas la seguridad de que el amor familiar da más calor y alegría que un apartamento bien amueblado... y aquellas grandes y primeras intuiciones: tengo que ser bueno, tengo que portarme siempre bien con los demás y querer mucho a todo el mundo.

Nuestra nostalgia es la de encontrarnos con que se ha opacado aquella transparencia inicial, se ha complicado lo que fue tan simple, se nos ha endurecido el corazón y hemos perdido el camino de la ternura.

Nostalgia de no ser buenos, de algo que nos falta y que, sin saberlo, tuvimos cuando el Niño del pesebre nos sonrió y la estrella del árbol navideño se encendió mil veces después de apagarse otras mil... Nostalgia de Dios.

Saludable y necesaria nostalgia. Nostalgia antigua y perenne, la misma de Santa Teresa de Jesús: «Vivo sin vivir en mí»; la de San Agustín: «Señor, Tú creaste mi corazón para Ti y estará siempre inquieto hasta que descansa en Ti».

El gran filósofo español Ortega y Gasset decía que: «el hombre es proyecto», que el futuro que el hombre vislumbra para sí mismo es lo que da sentido al presente. Sin desdeñar completamente al filósofo, creo también que el hombre es nostalgia. Nostalgia del niño que fuimos y que nos sigue llamando al simple y elemental proyecto inicial: ser bueno ante Dios, ser bueno con los demás, amar a todos.

Nostalgia y futuro serán los dos momentos del péndulo de la vida que no cesa de oscilar. Pero hay muchos hombres y mujeres parecidos a esos antiguos relojes colocados en un inmenso salón, cuyo péndulo está inmóvil: ni nostalgia ni futuro, nada. ¿Acaso no es el vacío lo que más hallamos en el corazón del hombre y la mujer de

hoy? Esa ausencia de añoranza y de proyecto paraliza a muchos en su ser y en su acción, porque el vacío interior es la nada y, según el postulado de la antiquísima filosofía, «de la nada, nada se hace».

Queridos hermanos y hermanas: nosotros necesitamos la nostalgia de la Navidad, necesitan nuestros niños tener hoy la experiencia de la Navidad para que mañana puedan sentir su nostalgia. Esa nostalgia nos permite retornar a lo mejor de nosotros mismos y al amor infinito de Dios, para rehacer siempre el proyecto de nuestra vida y mirar confiados hacia el futuro.

Y si pareciera que el vacío se adueña de tu alma y no hallas el método para reencontrarte contigo mismo y con Dios, escucha las palabras de Jesucristo en su Santo Evangelio, Él tiene la fórmula: «Si ustedes no vuelven a ser como niños, no entrarán en el Reino de Dios». Decídete, pídele al Señor que te conduzca asido de la mano, como niño, hasta el pesebre de Belén, hasta la luz de la estrella, y déjate llevar allí de la imprescindible nostalgia que nos devuelve a la vida.

Con mi bendición, ¡feliz Navidad!